

LA DEFORMACIÓN DEL LENGUAJE COMO ELEMENTO DE SERVIDUMBRE

Jose Sant Roz

América Latina padece de un desgarró en las formas de expresión oral y escrita. Al discurso abundante, flojo, artificial y fatigoso que introdujo el rábula, unido al verbo violento del conquistador, surgió la mezcla de los dialectos autóctonos de cada lugar. Las razas africanas trajeron sus propios modos de expresión y esta mixtura enriqueció el despelote. El idioma español regado con desenfado y gracia llegó a las élites y allí adquirió su mejor y más acabada «originalidad». Abajo, en las selvas, en las costas y llanos su desarrollo fue ágil y frondoso.

Se redujo a no más de cuatrocientas palabras el vocabulario de cada individuo y ligado esto a los resabios de las tradiciones propias del lugar, cada cual quiso inventar nuevas palabras para expresarse.

Nuestra evolución, entre guerras y depresión nacional, se cruzó con la penetración de las culturas europeas y norteamericanas. Llegaron la radio y la televisión, las cuales iniciaron también su bloqueo mental. Estos elementos introdujeron formas nuevas y aparentemente más ricas de expresión, pero muy falsas y pedantes.

Ahora está muriendo la parte noble del español antiguo y se ha extendido una uniforme vaciedad en las palabras donde los sentimientos se deforman y originan una especie de amasijo de frases sin asidero de razón, ni de afecto alguno.

En los seres más humildes se escuchan palabras como «involucrar», «reactivar», «bajo control», «hoy por hoy», dichas automáticamente, haciendo el discurso afectado, devaluando su efecto comunicador y dando a quien lo expresa una imagen de fría impersonalidad. Al final, estos seres no pueden pensar sino en función de lo que escuchan, de aquellos a los cuales ellos desearían imitar: artistas, cómicos, faranduleros, políticos, deportistas: los que más aparecen por televisión.

Los principales directores de este desastre son los partidos, ¡vagos!, en los cuales se resume la pobre formación humanística y cultural del pueblo. Desconocen nuestros gobiernos las reglas más elementales de la dicción y de la gramática, y cuando son delatados en sus torpezas optan por regodearse en sus errores; dan a entender que sus expresiones son populares y que ellos están con los desposeídos. Hacen de este modo un doble mal (y francamente se cagan en todo); de un lado generalizan la irresponsabilidad de cuanto noble puede haber en la palabra y asientan en el pueblo una especie de perturbación moral (mental) no sabiendo cada cual a qué atenerse de cuanto escucha, de cuanto lee, de cuanto se jura y ofrece. Téngase en cuenta que los extenuantes debates, las reuniones inacabables, asambleas pobladas de incoherencias, rivalidades pueriles y estúpidas, y en las cuales vive nuestro país desde la democracia iniciada en 1958, es una típica expresión de los residuos de la esclavitud colonial que aún pesa sobre nosotros.

Nada delata tanto a una persona (a un pueblo) como su forma de expresarse. El efecto más pernicioso es el que proviene de la televisión, que afecta a los jóvenes y promueve una especie de uniformidad vulgar, como dijimos. La gente deja de pensar para

repetir el leitmotiv de los ordinarios cómicos y políticos del país. Sin darse cuenta los muchachos bloquean sus propias expresiones y sufren una especie de total entorpecimiento.

El lenguaje es la extensión racional más importante de la actividad síquica y física del hombre. Una deformación de esta extensión se convierte en un serio complejo, además de un vicio, o una especie de impotencia orgánica. Cada cual nace con su propio lenguaje, porque esto refleja una forma única de pensamiento, de sentimiento. ¿Cuántas veces hemos visto que una persona que comienza un discurso con sencillez, llevada de sus propias expresiones, pero repentinamente cae en un lugar común de refranes, perdiendo valor sus palabras y haciendo de la ira o del amor algo ordinario y falso?

La esclavitud, el dominio brutal de España sobre América, durante tres siglos, unida al lenguaje procaz y a la actitud de sus aventureros ignorantes y perturbados dejaron raíces de honda deformación en la expresión nuestra. Muchas vertientes han dado lugar para esta contrariedad verbal o escrita.

Si alguien se detiene a analizar las formas de expresión de nuestros naturales encontrará inseguridad, irresponsabilidad y torpeza, los tres elementos que generan el caos, la confusión administrativa, la indisciplina, el irrespeto por las leyes y la total incredulidad en los proyectos o proposiciones de los gobernantes. La historia política de América Latina se reduce a que nadie jamás ha cumplido los acuerdos una vez que ha tenido el poder en sus manos; a que las palabras son un juego de argucias y mentiras y las leyes una manera de ocultar malas acciones.

Debo decir que mientras viví en mi país jamás pude darme cuenta del valor que tiene el lenguaje. Tuve que salir a otras tierras para descubrir la belleza y profundidad de esas expresiones inocentes, francas, llenas de hidalguía y nobleza.

Descubrí cuán pobre es el vocabulario de nuestros niños; a veces cuán afectadas son sus maneras al hablar a causa de asimilar las formas defectuosas de los adultos y sobre todo por la permanente exposición a ambientes y situaciones no propias de su edad, incluidos los de la escuela.

La hermosura del lenguaje radica en su claridad y franqueza. No necesita el lenguaje —ni falta le hace— ser perfecto, pero sí nobleza en quien lo expresa. Cuanto veía en otras tierras sobre el modo de hablar, lo comparaba con las maneras de comunicación verbal de mi pueblo. Me dolía que viniera a descubrir la belleza de la infancia en lugares lejanos, y que yo hubiese perdido mis mejores años dominado por una escuela y por un mundo de adultos indolentes, desorientados.

Es probable que la escuela tenga poco que ver con la virtud y la poesía del lenguaje porque éstas son la vida misma, la intimidad del pensamiento y de los sentimientos. Pensamos con «palabras», la mayoría de las veces inexpresables y que quisiéramos comunicar. Después de todo la educación es un concepto que no tiene por qué estar ligado a la escuela. Yo descubriría que niños de otros países para hablar no gritaban, ni hacían gestos estridentes ni señas con las manos (al igual que sus maestros). Uno mismo se alarma al ver que el ruido y el escándalo se ha ido convirtiendo entre nosotros en una forma de comunicación. Se «habla» a placer en medio de tumultos y altavoces a todo volumen, lo cual demuestra que no se escucha, y a nadie le interesa oír lo que el otro dice; el gusto pareciera estar en echar montones de gritos sin sentido, como si siempre se estuviese en un monólogo entrecortado de absurdos y locuras; para ahogar algo que nos tortura, algún pensamiento que no podemos tolerar. He observado cómo el venezolano deja las conversaciones a medias y habla saltando temas como si tuviese un elefante loco en la cabeza.

Por esta vía llegamos a una forma de envilecimiento de los

gestos, de los sentimientos. Así, las palabras no tienen peso moral, son sencillamente objetos sin pies ni cabeza. Nada tiene sustentación y entendemos de un modo enrevesado los compromisos; se vive como en una especie de embriaguez o estupidez colectiva, y se da poca o ninguna importancia a lo dicho, a lo escuchado. Finalmente hemos llegado, de modo inconsciente, mecánico, a una conducta en la cual no nos atañe ninguna responsabilidad con lo malo que hacemos. Las maldades las hacen los demás, a la vez que jamás somos capaces de rectificar nuestros errores y ahí están esas expresiones deladoras de nuestra triste condición cuando decimos: «Me dejó el autobús», cuando deberíamos decir «perdimos el autobús», «me rasparon» cuando deberíamos decir: «No aprobé la materia». «Me chocaron», cuando en ocasiones es uno quien ha dado contra otro automóvil; «esto se partió», «¿cuánto te quitaron por eso?», cuando se ha comprado algo, etc.

Esta forma de hablar es propia de esclavos, de personas que nunca han sido capaces de ver sus propios errores y de procurar enmendarlos; de seres que difícilmente pueden evolucionar y adquirir compromisos serios con ellos mismos ni con nada; que vivirán en una perdición moral y bajo novelerías extrañas.

Vale la pena concluir con un hermoso párrafo de don Rufino José Cuervo:

«Nada, en nuestro sentir simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua: en ésta se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niño, y viéramos allí casas como aquellas donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los

acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria» ⁽¹⁾

- (1) **Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano, con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica, Bogotá, Camacho Roldán y Tamayo, Librería Colombia, 1907, pág. 11.**

